

## Los precios del café

# LAS INTRIGAS DE LOS MONOPOLIOS

MARIANO AGUIRRE

**N**O es imprescindible como el petróleo, pero el valor de la cosecha mundial de café en 1975 fue de 4.800 millones de dólares. España adquirió café el año pasado por valor de 500 millones de dólares, siendo uno de los productos que más peso tiene en la balanza de pagos. Para muchos países del mal llamado Tercer Mundo, o sea, para la periferia del imperialismo, es la mayor fuente de recursos externos; representa, por ejemplo, el 11 por 100 de las exportaciones de Brasil y el 49 por 100 de las colombianas. En 1975, los 14,6 millones de sacos de café que vendió Brasil en el mercado mundial le reportaron 1.100 millones de dólares.

Cada vez que el precio del café sube, la mayor parte de los medios informativos del mundo capitalista señalan a los países productores como culpables. De esa forma se arroja una cortina de humo sobre los verdaderos responsables —las multinacionales que manejan el negocio mundial del café— y, en última instancia, sobre las leyes de mercado del sistema.

El 70 por 100 de la producción mundial de café corresponde a sólo diez países. Los principales productores son Brasil, Colombia, Costa de Marfil y Angola. Brasil solamente se encarga del 33 por ciento del total. Siguiendo con el ejemplo, el desarrollo industrial de este último país depende en gran medida de la explotación del café. Sin embargo, por las leyes económicas del intercambio desigual en los últimos años, los países productores de materias primas han visto cómo se deterioran los precios de las mismas en relación con las manufacturas y tecnologías que compran en Europa, Estados Unidos y Japón. En enero de 1977, el ministro de Agricul-

tura de Tanzania, John Malecela, ofreció un buen ejemplo de ese deterioro: en 1960, un tractor norteamericano costaba el equivalente de 165 sacos de café; en 1969, el costo del mismo tractor era de 216 sacos, y en 1975 ya eran ne-

que se encargan de comprar, almacenar, negociar con los Gobiernos y presionar para que no se logre —como se reveló meses atrás en el Congreso norteamericano— formar reservas internacionales de café, pues es en el libre



cesarios 450 sacos para realizar la operación comercial.

El negocio del café es una larga y compleja cadena. El primer eslabón lo constituyen aproximadamente 21 millones de personas que realizan el duro trabajo de plantar y recolectar los granos de las dos variedades básicas: Arabicas y Robustas. Estos campesinos ganan un promedio de uno a 1,5 dólares (unas 120 pesetas) por jornada durante las épocas de recolección.

Los cultivos donde trabajan estos campesinos están en manos de los latifundistas y monopolios. En Brasil, por ejemplo, el fenómeno de la concentración ha llevado a que los veinte principales productores posean el 97 por 100 de las tierras con plantaciones de café. En El Salvador, los veinte primeros son dueños del 89 por 100 de la tierra.

En los países productores estos monopolios actúan mediante agentes de mercado

juego de alza y baja donde las corporaciones y los intermediarios —que trabajan para ellas o en combinación— encuentran, junto con la mano de obra barata, los mayores beneficios.

Estados Unidos es el país de mayor consumo global de café. Brasil consume ocho millones de sacos de café al año; Estados Unidos, 21 millones; los norteamericanos beben 500 millones de tazas de café al día. Principal comprador es, a la vez, quien controla mediante un puñado de corporaciones la industrialización y comercialización del café en el mundo. En el mismo mercado de USA seis corporaciones manejan casi el 100 por 100 del negocio del café; ellas son: General Foods, Proctor and Gamble, Hills Brother, Standard Brands, Coca-Cola y Nestlé. Por supuesto, en la Organización Internacional del Café, Estados Unidos es el único miembro que, siendo comprador, tiene el derecho de veto

sobre cualquier decisión que tomen los 41 países productores o los 21 consumidores que conforman el organismo.

Para los países dependientes, los aumentos —que se originan ante una menor producción debido a sequías, heladas, inundaciones o inclusive guerras civiles como la de Angola de 1976— los benefician en tanto les permiten paliar sus voluminosas deudas externas; éstas son voluminosas por los altos precios de las manufacturas y tecnologías metropolitanas. La necesidad de vender los hace, asimismo, competir entre ellos. Para las corporaciones el problema de los aumentos es algo que tiene una frontera precisa: los benefician los que ellos disponen y mientras controlan la especulación, es decir, una vez que son dueños de los granos; pero se resisten a los que tratan de imponer los países dependientes.

Los países productores saben que grandes aumentos conducen a una retracción en la demanda y hasta a eventuales boicots de los tostadores norteamericanos como casi ocurrió en 1977. De todas formas, las corporaciones no son inocentes; las estadísticas señalan que sus beneficios se han doblado en los últimos años, de donde se deduce que los aumentos de los productores, ellas se los cargan con creces a los consumidores. Más aún, en los últimos dos años los monopolios del café se han expandido, adquiriendo los imperios comerciales del café, el té y el tabaco de Holanda.

Así como en el aumento del precio del petróleo no son "los árabes", sino algunos árabes y unas pocas multinacionales los responsables, en el caso del café se repite el mecanismo: los campesinos que ganan un dólar diario no se enteran del precio del café, más bien lo padecen. ■ M. A.